

PALESTINA, EGIPTO, EL CANAL Y EL ARABISMO DESPUES DE LA CONFERENCIA DE BEYRUT

EL día 31 de octubre a las cinco y treinta de la madrugada pudo iniciarse (y acaso se inició efectivamente) un nuevo período en la Historia universal, o por lo menos en la historia del Próximo Oriente, pues desde aquel momento todos los problemas del arabismo, el Islam, el africanismo, el orientalismo, etc., tomaron nuevos rumbos. Fué aquel el momento en que se lanzaba al aire el puente de aviones en formaciones apretadas que llevaba desde Chipre las tropas anglofrancesas hacia el Canal de Suez, a la vez que la invasión israeliana llegaba junto al mismo canal por el lado de tierra. Entonces, la cuestión palestina que había sido la piedra de toque de todas las cuestiones próximo-orientales desde después de la segunda guerra mundial, pasó a ser universal, aunque en su presentación externa pareciese centrarse sobre la del Canal que sólo ha constituido una derivación. Y eso ha obligado a que (sea cual fuere su desarrollo futuro) hayan de revisarse las líneas generales más objetivas de su planteamiento.

El hecho fundamental es, y será siempre, el de que la instalación en Palestina del Mandato británico, y la inmigración de los judíos sionistas después de la paz de Versalles, fueron los motivos de las reacciones que crearon el arabismo político más reciente. Así, por ejemplo, los intentos de agrupaciones de Estados arábigos independientes y autónomos, agrupación en la cual se centraron los primeros ensayos de la futura Liga Arabe, comenzaron con el Congreso Parlamentario panárabe para Palestina que tuvo lugar en El Cairo el año 1938; y al cual siguió la Conferencia de Londres de 1939. Pasada la pausa de la guerra entre los aliados y el Eje (que en cierto modo fué ajena al arabismo general), el Pacto de la Liga Arabe que

se firmó, también en El Cairo el 22 de marzo de 1945, consagraba a Palestina el más importante de sus anexos. En el curso de la existencia y funcionamiento de la Liga durante el primer decenio de su desarrollo, sus acuerdos más importantes fueron los referentes al Tratado de defensa mutua del 17 de junio 1950; que también se llamó Pacto de Seguridad Colectiva. Y los intentos de reforma de la Liga que han tenido lugar entre 1955 y 1956 se han basado precisamente en proyectos que tendían a perfeccionar dicho pacto. Hasta la reunión de representantes militares de Egipto, Jordania, Siria y Líbano que se celebró en El Cairo el 1 de octubre pasado.

En lo interno del Próximo Oriente de lengua y mentalidad árabe, el pleito palestín ha forzado y desviado el normal desarrollo del movimiento de emancipación que se había iniciado bajo el Imperio o Jalifato turco de Estambul; y a la vez ha sido un freno retardador de la creación de los Estados independientes arábigos entre 1920 y 1940. Sobre todo, después de la formación de la Liga Árabe, porque el factor palestín desvió la atención y las energías que los Estados árabes, entonces nacientes o en formación, necesitaban para organizarse a sí mismos. En este sentido basta recordar que en el momento de proclamarse brusca e inesperadamente el Estado de Israel en el 14 de marzo 1948, de los Estados limítrofes con Palestina tres de ellos (Egipto, Irak, Transjordania) estaban bajo ocupaciones inglesas parciales, mientras los otros dos (Líbano y Siria) aun no hacía muchos meses que habían obtenido sus independencias. Ninguno de los cinco había podido crear fuerzas armadas a causa de la oposición de las potencias extranjeras que allí habían tenido mandatos o alianzas. Después de la guerra palestina es muy sabido que la derrota de los árabes fué provocando cambios de regímenes en Siria, Irak, Egipto, Líbano y las zonas árabes del Jordán. Y no puede olvidarse la gravedad del hecho geográfico de que Israel corte con su presencia en el centro de los países de la Liga todas las comunicaciones terrestres entre los países de dicha Liga, donde los dos lados asiático y africano han quedado separados y aislados, sin más contacto continuo que el aéreo y naval por vía de Beirut hacia Alejandría y El Cairo.

Internacionalmente también ha torcido lo palestín el rumbo de las posesiones mundiales del sistema árabe; cuya moderación y tendencias geográficas, económicas, culturales, etc., son netamente mediterráneas y moderadas, pero que se han visto impulsadas a otros rum-

bos forzados, como el de las peticiones de armamentos soviéticos, por las mismas grandes potencias ex-mandatarias. En este orden de cosas fué evidente que durante el decenio 1945-1955, la política de las grandes potencias en el Mediterráneo Oriental estuvo dominada por el deseo de Londres y Washington de que los países de la Liga Árabe fuesen allí el principal factor de los planes de defensa de los países occidentales del grupo atlántico. Y fué no menos evidente que el fracaso de tales planes se debía a que no se tomaba en consideración el concurso de los dirigentes gubernamentales arábigos, ni se pensaba en las llamadas «circunstancias de conservación» en que éstos vivían.

Lo del concurso de los dirigentes se refiere principalmente a una cuestión de prestigio. Sobre todo el conjunto del Próximo Oriente y «Oriente Medio» viene pesando la curiosa paradoja de que los Estados nacionales de aquel sector (especialmente los Estados árabes, aunque el mismo fenómeno se ha dado respecto a Persia, Turquía, Pakistán, Afghanistan, etc.), no han sido casi nunca tomados en consideración por las diversas grandes potencias, en lo referente a lo que dichos Estados son, piensan ser, o desean ser. Siempre se les ha venido considerando como simples peones en el juego de la política mundial que las potencias hegemónicas llevan.

La obstinación en empeñarse en que los dirigentes árabes sólo pueden jugar el papel de comparsas, en un juego del cual Gran Bretaña y Francia mantenían sus más empeñadas presencias desde los planes de reparto de la primera guerra mundial, produjo un contrapeso o un efecto pendular de que los árabes se inclinaban a cualquier lado que fuese el «otro lado» de los países que ocupaban territorios arábigos. El «otro lado» fué sucesivamente el prestigio nacionalista del Reich con su Führer; la posible moderación estadounidense; el sueño de un bloque mundial de pequeñas naciones con concursos sudamericanos o afroasiáticos; o lo que está detrás del telón de acero. Siempre ha resultado fundamental en las esperanzas y las decepciones el punto de partida que se refiere a las antes aludidas «circunstancias de conservación». Estas han sido un argumento frecuente y abundante de todos los dirigentes árabes, cuando se les invitaba a sumarse a los planes de los «tres grandes» de Occidente para defender el «Middle East» de una agresión y ocupación rusa, arguyendo que la agresión, invasión, conquista y desplazamiento de refugiados perseguidos ya lo han sufrido ellos con Israel, y que toda otra defensa

exigía una reparación previa en lo palestínés, junto con un freno que las potencias occidentales impusieran a Israel.

Porque Israel está dentro y porque sus fronteras son una cuña clavada violentamente «en el centro de las tierras y las carnes de los árabes» (como por allí se dice) la actitud de los países de la Liga hacia las potencias ha estado subordinada, y lo está cada día más, a la que estas potencias lleven hacia el Estado sionista. Y si la presión de este Estado fué entre 1950 y 1951 causa de la mayor crisis interna que en la historia de la Liga agudizó mutuas acusaciones de rivalidades, estando a punto de deshacerla, la nueva presión del otoño de 1956 (siguiendo al pleito sobre la nacionalización de la Compañía del Canal) ha producido al contrario una reacción que ha vuelto a fortalecer la Liga en un momento de transición en que se discutía su reforma.

La incautación del Canal ya fué un primer motivo de apretamiento de filas de los países árabes del lado asiático junto a Egipto, por el motivo material y territorial de que para superar de momento el obstáculo del tapón del Estado sionista se pensaba hacer afluir hacia puertos próximos al Canal todas las comunicaciones posibles por el lado del Mar Rojo; sobre todo abriendo desde Bagdad, Damasco y Amman accesos hacia Aqaba, aparte de otros navales y aéreos ya iniciados por varios puntos meridionales del Mar Rojo. Además, los países árabes del sector asiático se han hecho precisamente sobre principios de soberanía de sus recursos económicos del suelo (tales como los del petróleo que en algunos Estados son el principal reglón de las rentas de sus Gobiernos) tenían que apoyar a Egipto, pues de ningún modo podían ir contra la presión de la calle. Aun en el caso de los gobernantes de Bagdad siempre más transigentes hacia Inglaterra.

En aquel primer momento de Suez obraron factores de interés y sentimentales que equiparaban el suelo y los ingresos del Canal al suelo y los ingresos de los petróleos; con exaltaciones (acaso más pasionales que reflexivas) análogas a las que se vieron en Persia cuando el Dr. Mussadeq. Luego la agresión israeliana provocó un reagrupamiento de los recursos militares, aunque los otros Estados no irrumpiesen en el primer momento en defensa de Egipto; porque el Gobierno de El Cairo comunicó a los de Damasco, Bagdad, etc., que por de pronto podría defenderse con sus fuerzas, sobre todo aéreas,

y que sólo pediría ayuda en caso de que así no fuese. Esta convicción de Egipto obraba ante Israel, pero no estaba previsto el ataque indirecto de los franco ingleses, contraviniendo las orientaciones de la O. N. U. Los Estados árabo-asiáticos siguieron sin recibir petición de Egipto, pero en ellos la actitud de los Gobiernos de París y Londres removió los posos de los tiempos en que habían tenido grandes dificultades para deshacerse de los Mandatos británicos y franceses; y se han vuelto a sentir imaginativamente tan en época de acción y reacción colonial como entonces.

La Conferencia de jefes de Estado árabes celebrada en Beyrut durante la segunda semana de noviembre, dió lugar a una confrontación de las dos necesidades, de no aceptar en modo alguno la agresión francobritánica contra Egipto, pero no tomar tampoco iniciativas que pudieran hacer parecer a los Gobiernos árabes como responsables de que se cortasen más relaciones económicas que hoy son necesarias para varios países como Irak, Jordania Libia y Sudán. Mientras Siria y Egipto se inclinaban a dar mayor valor al primer punto (es decir, a lo inmediato de una resistencia contra Francia e Inglaterra en forma de boycot) los demás siete Estados dieron más valor al punto segundo de no ser ellos quienes rompiesen. Al fin la fórmula final adoptada fundía los dos, pues siguió la tesis de Egipto y Siria en contra de la actitud anglo-francesa, pero ganando todo el tiempo posible para no tomar represalias más que en último término, y si fuesen insuficientes las gestiones de la O. N. U.

El texto del comunicado final, que se dió a conocer el 15 de noviembre hacía constar que en el caso de no verificarse una retirada incondicional de todas las tropas inglesas, francesas e israelianas, fuera del suelo de Egipto, todos los nueve países de la Liga Árabe adoptarían las medidas que les permitan sus posibilidades para cumplir las obligaciones del articulado del Pacto de defensa mutua árabe, en su artículo 2.º En virtud de tal artículo se considera el ataque a cualquiera de los Estados arábigos firmantes como un ataque a todos ellos, que han de acudir en socorro del agredido con todos los medios de que dispongan empleando incluso la fuerza armada; aunque también pueden aplicar boycot económico, interrupción de comunicaciones (marítimas, aéreas, postales, etc.), ruptura de relaciones diplomáticas, y otras medidas análogas. Algunas de las cuales se han comen-

zado a aplicar parcialmente, tales como varias retiradas de embajadores.

A pesar de lo violento de las decisiones en últimos extremos, la expresa invocación que el mismo comunicado de Beirut hacía de que el fundamento de las medidas de «legítima defensa» que adoptasen sería en virtud de la cláusula 41 de la Carta de las Naciones Unidas, fué una demostración de que los países árabes no tienen propósitos preconcebidos de ataque ni mucho menos empeño de xenofobia. Y que su reacción de indignación procede de causas netamente árabes, no de la acción de Rusia, que ha sido circunstancial y ha surgido aparte.

En esto del apoyo de Moscú y de la supuesta amistad soviética, los gobiernos árabes que en Damasco, El Cairo y Riyad comenzaron por aceptar material militar ruso, pagado o regalado, lo hicieron por la razón inmediata de que en 1953, 1954 y 1955 les era casi imposible obtener su adquisición en otros sitios, cuando Israel intensificaba las presiones sobre fronteras y armaba a la totalidad de los israelianos, incluso mujeres y muchachos. En cuanto a la presencia anterior de representaciones de diplomáticos enviados desde Moscú con numerosos acompañamientos de técnicos o agregados de todas clases, se olvida con excesiva facilidad que durante la guerra mundial y poco después de ella dichas representaciones se establecieron por gestiones directas y hasta por presiones de los Gobiernos de París y Londres; lo cual provocaba a veces protestas de resistencia de grandes centros de dirección de opinión como el de la Universidad musulmana Al-Azzar hacia 1941, 1942 y 1943. Además de que fuera del Próximo Oriente, el comunismo fué oficialmente instalado en Argel después de que el comité francés del general De Gaulle llevó allí la primera representación diplomática rusa.

Durante la última decena de noviembre una opinión repetidamente expresada en la Prensa de Madrid más moderada, insistía en que la permanencia de tropas francesas e inglesas en Egipto era lo que más favorecía o podía favorecer a Rusia; y que asombraba o costaba creer que Francia e Inglaterra (naciones que debieran apoyar a la O. N. U. y desear sostener la simpatía de Occidente en el mundo árabe) hiciesen a la O. N. U. tropezar con tan empeñada oposición a dejar solas en el Canal a las fuerzas internacionales del cuerpo neutro de policía.

Tales juicios se han visto confirmados desde sectores tan serenos y cuidadosamente informados como los de inspiración vaticanista. En algunos de sus órganos de expresión, al hablar de Suez se ha justificado la actuación del coronel Abdennaser, diciendo que al fin y al cabo «en uso de un don supremo de libertad, Egipto tiene el mismo derecho que otros pueblos a poseerse a sí mismos», como fenómeno histórico inevitable. Por otra parte, en El Cairo, el famoso jesuita P. Ayrut, hablando como portavoz de la Iglesia Católica en Egipto, y de los cristianos de aquel país en general, expresó que todos estaban de acuerdo con las decisiones del gobierno de Abdennaser. Y no ha de olvidarse que el principal propulsor de la conferencia de Jefes de Estado en Beirut fué otro católico destacado, es decir, el presidente de la república libanesa, Camilo Chamun.

En resumen, las tendencias de los árabes al finalizar noviembre eran de querer garantizar sus «statu quo» territoriales anteriores en los cuales incluyen los derechos de Egipto sobre el Canal (como basados en los firmanes sultanianos de 1854 y 1856, y en el artículo 13 de la Convención de Constantinopla en 1888). Los recursos a la fuerza se consideraban en aquel momento final de noviembre como solución en reserva; y las mayores esperanzas se centraban en la acción desarrollada por la Organización de las Naciones Unidas, o en el papel que dentro de dicha organización pudieran desarrollar (en el conjunto del bloque afroasiático) los Estados árabes. De los cuales se incorporaron en el mismo mes otros tres; Marruecos, Túnez y el Sudán.

RODOLFO GIL BENUMEVA

